



Freire, P. y Faundez, A. (2013). *Por una pedagogía de la pregunta. Crítica a una educación basada en respuestas a preguntas inexistentes*. Argentina: Siglo XXI. 224 pp. ISBN: 978-987-629-327-3.

Publicado originalmente en Río de Janeiro por la editorial Paz e Terra en 1985, bajo el título *Por uma pedagogia da pergunta*, hoy debemos la traducción al castellano a Clara Berenguer Revert y a la filial Siglo XXI Editores Argentina la primera edición de este libro-hablado en el que Paulo Freire y Antonio Faundez recuperan, como sugiere Pep Aparicio Guadas, el “movimiento perenne de la pregunta” (p. 10).

Es éste, pues, un libro dialógico y una experiencia intelectual que da cuenta de un trabajo en comunión que privilegia la apertura, el diálogo y la comunicación. Trabajo que es también aventura del pensar cuando se propone la comprensión crítica de la realidad y se persigue, no la mera descripción de lo que acontece sino la transformación profunda de lo que pasa. Por ello, Antonio Faundez recuerda, junto con Paulo Freire, que estudiaban “filosofía para resolver los problemas y no para aprender sistemas” (p. 31). La suya era entonces una filosofía concreta que fusionaba la teoría y la práctica para conocer la realidad y modificarla. Filosofía, además, que recurría a otras ciencias en un afán comprensivo global: Historia, Sociología, Literatura, etc. Es este igualmente un libro de anécdotas, andanzas y desafíos personales. Dice Freire, al recordar su paso por el Consejo Mundial de Iglesias:

[...] me fui convirtiendo en un caminante de lo obvio. Y pisando el mundo, andando por África, por Asia, por Australia, por Nueva Zelanda, por las islas del Pacífico Sur; andando por toda América Latina, por Chile, por América del Norte, por Europa, caminando por todos esos lugares del mundo como exiliado pude comprender mejor mi propio país. (p. 40)

Freire comparte las marcas de su exilio con una fuerte dosis de intelectualidad y de emoción. No sólo expresa el aprendizaje que obtuvo gracias a las diferencias culturales que supo reconocer sino advirtió que “la cultura no puede ser juzgada con ligereza” (p. 45); de ahí que la tolerancia haya sido vista por él como una virtud existencial y política, como “la virtud de convivir con el diferente para poder luchar contra el antagónico” (p. 46).

De la misma manera, apreció que el verdadero intelectual no ha tener una comprensión descarnada del mundo sino una lectura crítica de la realidad, acompañada de una sensibilidad de lo real que le permita entablar una verdadera comunión con las masas. Por ello afirmó: “Pienso que el intelectual

debe [...] partir de la realidad, de la acción cotidiana, del pueblo y de nosotros mismos, puesto que estamos inmersos en la cotidianidad, reflexionar sobre esa acción cotidiana y sólo entonces crear ideas para comprenderlas" (p. 62). Antonio Faundez sostiene, en este sentido que "es un error considerar que, aplicando conceptos y categorías a la realidad, la realidad se transformará" (p. 93) por sí sola.

Freire está convencido de que el intelectual no debe despreciar el saber popular sino contribuir a transformarlo en un saber científico y un saber de acción eficaz. Tampoco debe aquél crear una realidad propia si la que existe no cuadra a sus intereses sino comprender que los conceptos y las categorías son sólo mediaciones para entender la realidad. Paulo dirá al respecto que cuando al utilizar una categoría nos distanciamos de lo concreto "el concepto se vacía" (p. 95); por ello subrayó la necesidad de que la teoría no sólo parta de la cotidianidad sino que *la alcance*.

Para este pensador pernambucano, la realidad "es un dato que se da y no un dato dado" (p. 99). Es decir, la realidad no es algo ya hecho, estático, inerte e inmodificable; es algo que se hace en la cotidianidad, algo vivo, dinámico y alterable. Pero para transformar la realidad se requiere, según su propia expresión, "sensibilidad histórica" y "capacidad de prever, de anticipar, casi de inventar" (p. 106) el futuro que está por venir.

Para lograrlo se precisa un nuevo Estado, una nueva concepción del poder, una redefinición de los partidos políticos, una política orientada en el sentido de lo real y, desde luego, una reinención de la pedagogía que haga posible también la emersión de una educación diferente. Una, dice Faundez, que esté "renovándose permanentemente" (p. 129). No obstante lo anterior, Freire tiene la convicción de que un nuevo tipo de sociedad y de educación "no se crea por decreto" (p. 130). Se hace necesario alcanzar la comprensión de "la educación como acto político y de la política como acto educativo" (p. 163), además de la recreación de la sociedad como un "esfuerzo político, ético, artístico; [como] un acto de conocimiento" (p. 164).

Como sabemos, Freire defendió la tesis de la que la lectura del mundo precede la lectura de la palabra y también la idea de que el propio educador debe ser educado. Para ello es menester darnos cuenta de que "es el mismo proceso de enseñar el que le enseña a enseñar" (p. 67) al docente. Éste, sugiere el pedagogo brasileño, debe "tomar las inquietudes de los estudiantes, sus dudas, su curiosidad y su relativa ignorancia como desafíos" (p. 67). Pero la enseñanza actual, plagada aún de autoritarismo, no sólo castra la curiosidad sino que "inhibe, cuando no reprime, la capacidad de preguntar" (p. 70). Faundez añade que "la educación en general es una educación de respuestas, en lugar de ser una educación de preguntas, que es la única educación creativa y apta para estimular la capacidad humana de asombrarse, de responder

al asombro y resolver los verdaderos problemas esenciales, existenciales, y el propio conocimiento" (p. 76).

La educación, dirá Freire, está plagada de discursos y de respuestas a preguntas que nunca fueron formuladas; por ello es palabrera y verbalista. No parte de los intereses y necesidades del estudiante; de sus inquietudes y dudas, de sus preferencias y motivaciones, de sus conocimientos previos y su experiencia; en suma, no emerge de sus preocupaciones sino de las del docente; de la visión e interpretación de la realidad que éste hace y de la forma en que él mismo, al concebirla, participa de ella.

Freire sabe que la pregunta abre caminos al pensar y orienta el sentido de la búsqueda; es decir, el sendero del estudio y la investigación. Por eso nos invita a "vivir la pregunta, vivir la indagación, vivir la curiosidad y demostrárselo a los estudiantes" (p. 72). Y precisa al respecto que para:

[...] el educador que adopta esa posición no existen preguntas tontas ni respuestas definitivas. El educador que no castra la curiosidad del educando, que se adentra en el acto de conocer, jamás le falta el respeto a ninguna pregunta. Porque, aun cuando pueda parecerle ingenua o mal formulada, no siempre lo es para quien la formula. En todo caso, el papel del educador es, lejos de burlarse del educando, ayudarlo a reformular la pregunta (p. 72).

Freire está convencido de que la pregunta no es "un juego intelectualoide" (p. 73) y por ello, frente a una pedagogía **de la respuesta** propone una pedagogía **de la pregunta** que permita trabajar con los estudiantes y no para ellos o sobre ellos. Pedagogía crítica y creativa, que viva la libertad como aventura y riesgo, y entienda el conocimiento como construcción que brota, justamente, del acto de preguntar que es un acto espontáneo que nace del asombro y de la capacidad humana no de mirar el mundo sino de admirarlo. Acto ontológico y no sólo lógico; acto cognoscente que, para ser tal, ha de ser original, genuino, auténtico, consistente, permanente y riguroso.

Por tanto, Faundez reconoce que la "tarea de la filosofía y del conocimiento en general no es resolver sino preguntar, y hacerlo bien" (p. 75). Freire dirá, al respecto, que una pedagogía de la pregunta nada tiene que ver con el hecho de que las escuelas reconozcan la importancia de ésta o burocraticen el acto de interrogar sino reconozcan la existencia misma como un acto interminable de preguntar, inquirir, escudriñar, des-entrañar porque, como afirma, "cuanto más se 'embrutece' la capacidad inventiva y creadora del educando, más se lo disciplina para recibir 'respuestas' a preguntas que no fueron hechas" (p. 78) y más se inhibe la curiosidad, se domestica la inquietud y el gusto por preguntar y más se teme a soñar, crear, crecer y transformar la realidad.

Germán Iván Martínez

Escuela Normal de Tenancingo, Secretaría de Educación Pública, México.

